

Capricho 24

Blanca Álvarez



Cuarteto de cuerda

ANAYA

Capricho 24

Blanca Álvarez

Cuarteto de cuerda 

ANAYA

Muy pronto en mi vida fue demasiado tarde.

El amante. MARGUERITE DURAS

ESCONDIDA EN LO más abrupto de las montañas que rodean Nepal, existe una flor, la Dama lunar, tan hermosa como imposible. Pocos pueden hablar de ella porque rara vez se la puede ver. Dos veces al año, coincidiendo con la luna llena, en el vértice de un cambio de estación, primavera y otoño, esta dama encantada surge de su escondite entre las rocas como si fuera una aparición y se abre en todo su esplendor. Dos veces muestra su belleza al vacío de una noche blanca de luna.

Cuando amanece, apenas queda el recuerdo de sus pétalos, muertos a los pies del tallo.

El mundo se sostiene gracias a espasmos de magia como el de esa flor: el destello rojo de una estrella agonizante, apenas un parpadeo en mitad de la eternidad; un perfume que atraviesa la piel y nos quema el alma; o el fogonazo de un grito antiguo que regresa, mil años después, a la cueva donde se originó... Llevo, desde que recuerdo, persiguiendo esos espasmos como si fueran el aire necesario para vivir; ellos son mi pintura, que no es sino el eco de su sonido retumbando aún en mi memoria.

Y ahora...

Ahora está ella.

Es el más hermoso y terrible de los relámpagos mágicos: un verso perfecto, un perfume desconocido, una estrella a punto de nacer...

La dueña de las notas sobre el violín. No sabe que existo, bueno, que existo sí, porque la descubrí parada ante uno de mis dibujos: ¡nadie los había mirado como ella! La seguí, la sigo desde entonces.

No fue el azar; supe pronto que la llevaba incrustada en mi corazón desde siempre.

Es mi bocanada de aire, mi pan, la herida y el bálsamo capaz de curarla.

Sé que será mi obra maestra.

Sé que busco historias, colores y formas desde que tengo memoria tan solo para pintarla. La busco desde aquella tarde en que mi tío me llevó a mi primera cueva.

—Todos nacemos para hacer algo, algo muy concreto. Pocos llegan a descubrir qué es. Algunos, los afortunados, un día lo descubren... ¡Y su vida es otra!

Creo que lo descubrí el día que Marcos, mi tío, colocó mi mano sobre la huella perfecta, no pintada, sino grabada en la pared de una cueva desconocida, escondida como la dama del Nepal, esperando el fugaz instante en que alguien se posara sobre ella para revivir. En aquella cueva, catalogada solo por una inscripción árabe muy posterior, en el nido donde tres manos, las nuestras y la grabada, parecían haber fijado la mano original arrancándole la vida, supe que yo retrataría el mundo desde el corazón mismo del dolor y la belleza, entre lo más terrible y lo más sublime...

Entonces tenía ocho años, han pasado once, he aprendido a mirar, a percibir lo mirado con todos los sentidos, a introducirme dentro del cuadro antes de plasmarlo en un muro, para después ser veloz como un ciervo en plena huida al pintarlo... Todo fue una larga escuela para llegar a ella.

Ella.

AZULES. DE UN azul deslumbrante, imposible como si fuera un dibujo en un espejo intentando proyectar una luz irreal desde la mirada... ¡Acabaré como una cabra! Es la tercera vez que sueño lo mismo; incluso durante el sueño, tengo la impresión de que no son un invento, que esos ojos existen, que los he visto... No sé dónde demonios, pero no me parecen ni ficticios ni desconocidos.

Debe ser cosa de la Navidad. Nunca la he llevado bien, pero desde que mi padre decidió incorporarme a la huida de su vida anterior, la temo más que al fracaso.

Sin embargo, tienen algo de irreal y, a la vez, de cercano... ¡Shurt! Me recuerdan algo a sus... ¿Cómo llamar a eso que consigue imprimir en los muros más cutres de la ciudad? Es como si me llegaran a los ojos desde la impresión que me producen en el alma... ¡Como una regadera! Acabará teniendo razón Carmen: un tío de carne y hueso y se me acaban las telarañas mentales, las pesadillas y hasta el estúpido aire de heroína melancólica...

—Carla, cariño, ¿bajas a desayunar?

Acabaré pareciéndome tanto a ella como para actuar como una impostora. ¡Digna heredera de otra gran dama del teatro

burgués! De una burguesía antigua y altiva. Me tropiezo con mi cara en el espejo y veo una versión de Selena.

Las siete y media de la mañana. Lunes, 8 de diciembre. Las únicas vacaciones permitidas, el puente de la Constitución, para repetir juegos de esquí, ¡cómo no! Es necesario no perder la cuerda de lo que somos. Me gusta esquiar, me gustan muchos de los privilegios de esta «buena cuna y mejor pasta», que diría Carmen. No me la imagino soportando mi pellejo.

—Carla, ¿estás bien?

—¿Físicamente, mamá? —ya lo sé, tengo la misma lengua envenenada que mi casta.

¡Ahí está, al otro lado de la puerta! Siento lástima por esa perfecta belleza en soledad.

—Tranqui, ya bajo.

—Lo siento.

Se da la vuelta y me gustaría preguntarle qué siente en realidad. ¡No sé si soportaré las próximas vacaciones! Digo yo si no habrá suerte y Celia encontrará otro curro para el cuarto... A ser posible a unos cuantos miles de kilómetros. ¡Las necesito! Si yo fuera normal, tiraría de teléfono... Por eso ellas confunden mi miedo con frialdad.

¡Bueno, toca momento de teatro familiar!

—¡El móvil! —me tiro como una loca. Parece mentira, debo estar más desesperada de lo que pienso y solo son las nueve de la mañana de un largo y estúpido día solitario.

—*Perdona, pero he pensado que ya estarías despierta.*

—*¿Bruno?*

—Tu vecino, que también está despierto... ¿Molesto?

—No.

—¿Qué hacías?

Pura cortesía de su parte, pero bueno.

—Pues mira, para no perder la costumbre, dándole al violín. En realidad buscando una pieza que preparar para impresionar a Galiana...

—¿Te vas con ella?

—¡Ya quisiera! No, Carmen me ha conseguido una prueba para clases privadas con ella...

—¿Carmen?

—Sí, tu Carmen.

Siento envidia, no por Bruno, sino porque me encantaría que alguien flipase tanto por mis huesos. Carmen se lo merece y Bruno es buena gente, que ya es raro para esta comunidad de pijos... ¡Me estoy volviendo bruja!

—¿Y qué vas a preparar?

—No lo sé... ¿Qué querías?

Por mis clases no ha llamado, seguro.

—Necesito que me hagas un favor.

—¿De qué tipo?

—¡No seas cardo!

—Bruno, los favores entre nuestra comunidad ni son frecuentes ni para nada gratos.

—Jo, en serio, no puedes estar tan quemada. No te favorece.

—¿Al cutis?

Al menos guarda unos segundos de silencio.

—Lo siento, Carla, a veces uno piensa que los demás están en su onda y como la mía es de las mejores...

—Ya, el resto de los mortales vamos tirando.

Acabo de darme cuenta: hablamos casi como nuestros padres. ¡Reses marcadas!

No se atreva a seguir. Ahora, si no fuera Bruno, si no fuera por Carmen, un segundo más de silencio y se nos acabarían las confianzas, él no pediría el favor y yo me alegraría por que alguien se fastidiara, aunque fuera un poco.

—*Dime Bruno* —trato de reencontrar mi mejor voz—. *¿En qué puedo serte útil?*

¿Por qué entre nuestra gente nunca se utiliza la palabra ayuda?

—*Se trata de Carmen, ¿te importa?*

—*No, Carmen me parece lo mejor que podías encontrar... Y yo también.*

—*Formáis un magnífico cuarteto, y no solo con los instrumentos...*

—*Abrevia.*

—*Vale. Preferiría hablarlo en persona, ¿a qué hora podría acercarme a verte?*

—*¡Debe ser un gran favor si el ilustre, joven y brillante pianista se digna a hacerme una visita!*

—*Porfa, sin cachondeo...*

—*Vale, dame un par de horas.*

—*Gracias, preciosa.*

Tiro el teléfono en la cama. Creo que se me va a ir la disciplina por el desagüe. Así que sigo el camino del teléfono, al menos hasta que llegue Marta cargando con la aspiradora. Si me ve tirada en la cama, se acercará y preguntará: «Mi niña, ¿está usted bien?». Eso de que una señora entrada en años y carnes me trate de usted me pone los pelos de punta, pero

Marta no pierde los papeles ni borracha, «¡con lo bien que me trata la señora!». La señora está encantada, Marta... ¡El móvil! ¿Qué se le habrá olvidado a Bruno? No, no es Bruno.

—Sí.

—¿Carla?

—Sí, soy yo.

Parezco un anuncio. Me suena la voz..., pero no termino...

—Soy Dora, Dora Amaujo...

—¡Creí que lo habías dejado!

—Bueno, tuve que currar todo el año para poder pagarme al menos este... He vuelto, pero estoy muy perdida.

—¿Te puedo ayudar?

—Gracias, gracias por no dejarme ni siquiera pedírtelo.

Juraría que está llorando. Sí, claro que la recuerdo, hace dos años estábamos juntas en clase... ¡Ni siquiera pregunté por ella!

—Nos vemos cuando quieras, Dora.

—Bueno, primero tengo que encontrar una habitación, la que compartía está ocupada, y sin clases...

—Claro, por el tablón...

No lo pensé, lo juré, al menos no en aquel momento, tal vez mis neuronas inconscientes fueran más rápidas que las conscientes. Lo dije con el mismo aplomo que hubiera empleado Selena.

—Si quieres, puedes quedarte en mi casa hasta que encuentres algo...

—¡Carla! ¿En tu casa, o sea, la de tus padres?

—Lamento no ser propietaria, chica...

Pensé que la estaba avergonzando. No sé si soy cursi, gilime-ma, o la peor persona del mundo. O todo a la vez.

—Solo hasta que encuentres un lugar, mujer... Además, te irás a pasar las navidades a casa...

—¡Qué remedio!

Otra con fobia navideña. Debíamos ser un buen montón.

—Pues deja tus cosas en mi casa, y los días que te queden, los pasas aquí...

—¿Y tu madre?

—Se lo diré, no creo que ponga impedimentos.

—¿Cuándo te parece bien que vaya?

—A la hora de comer; así comes con nosotras. Y me cuentas.

—Gracias, Carla.

No iba a quedar más remedio que poner a Selena al día. Necesitaba un poco de marcha. Me sentía una pequeña mierda en un jardín de lujo. Cuando salí de mi habitación, en lugar de ir al cuarto de la música —porque las mierdecillas de oro tenemos cuarto propio y cuarto especial, por si resultamos artistas, y si no, pues lo utilizamos como saloncito privado— decidí bajar al salón, donde ella estaría revisando las notas de su traducción. Al menos, toda su larga cultura le servía para no sentirse inútil: cuando mi padre se fugó, Selena comenzó a traducir libros de griego para la editorial de una vieja compañera, reconozco que pocas mujeres pueden hablar griego moderno y comprender griego clásico como ella... ¡La perfecta Selena!

—Hola, niña, ¿está usted bien? —mejor habría sido preguntarle a ella, que subía cargando el aspirador y sin resuello.

—Buenos días, Marta, ¿te ayudo?

—¡Quite, quite, niña!

Tal vez tema verse despedida. La dejo subir con sus piernas hinchadas y sin aire.

—Mamá, deberías poner otro cuarto de limpieza en la planta de arriba, Marta ya no puede con el armatoste ese que limpia de polvo y ácaros nuestra maravillosa casa.

—Carla, cariño, ¿estás bien?

—¿Lo dices por mi preocupación por Marta o porque no estoy tocando...?

Suspira y se quita las gafas con un gesto que debe llevar grabado en sus genes, ¡perfecto! Seguro que si medimos la parábola que dibuja su brazo al realizar un gesto tan sencillo, siempre mide lo mismo.

—Te puedo jurar que a mí —se señala para evitarme las dudas— tampoco me gusta nada la Navidad...

—¿Por las mentiras, por el gasto, porque ya no quedan niños que crean en ella...?

—Por todo un poco.

—Y porque estaremos solas, ¿no?

—Yo también lo echo de menos, Carla...

—¡Pues no haberlo dejado! —no la creo.

—No se puede retener a nadie a la fuerza...

—¡Vale, déjalo! —ahora no tengo fuerzas para más—. Venía para dos cosas: primero, que en un rato vendrá Bruno, no sé qué favor quiere que le haga...

—¿Bruno?

—No te emociones, mamá: el niño perfecto anda por los huesos de otra, que, además, es estupenda y es mi mejor amiga... De momento, no ha aparecido el príncipe adecuado. ¡Lo siento!

Hago una reverencia de sapo, pero con la gracia de mis cuatro años en academia de *ballet*. La oigo suspirar. Tengo que contener la rabia. Al menos dosificarla, si no me envenenaré. ¡Ay, Carmen, qué puedes envidiar de mi vida!

—¿Y la segunda?

Levanta la vista. Selena controla las ganas de mandarme al cuerno. Yo me hubiera mandado, que conste.

—Espero que no te importe, he invitado a comer a una compañera del conservatorio —se mueve, seguro que planeando ya los cambios en el menú— y me he aventurado a invitarla a que pase unos días en casa... Tiene problemas de alojamiento, no es de Oviedo —todo corriendo, para no darle tiempo—, se quedó sin la habitación que tenía, tendrá que irse a su casa, ya sabes, los trastos, la ropa...

—Carla, desde siempre, en esta casa los miembros, escasos, ya lo sé, de la familia han tenido permiso para invitar a sus amigos... Y si sirve para ayudar, mejor.

—¡Gracias, mamá ONG! —me dolió su mirada mucho más que una bofetada, volví al redil de la niña sumisa—. Perdona. Bueno, subo a tocar hasta que llegue Bruno.

¡Me duele saber que sufre, lo juro, me duele! Sin embargo, siento que ella tiene la culpa de su dolor, del mío... Del de mi padre... ¡De todo!

No tengo fuerzas para coger el violín, busco un CD. Alexander Harkov, ¡una bestia con el violín! Y, claro, Paganini. Por alguna razón estúpida, me enfundo los cascos y voy directamente al *Capricho 24*. ¡Como si yo pudiera!

Cierro los ojos. Vuelvo a ver los ojos azules del sueño. ¡Increíbles! Por alguna extraña razón, tengo la impresión de haberlos visto, no sé dónde ni cómo ni cuándo... Sin embargo, unos ojos como esos no se olvidan... ¿Por qué los recuerdo ahora y, sobre todo, por qué los sueño?